

lagos inmóviles, ó, para hablar sin figuras, las lenguas que se hicieron literarias y fijas, conservaron el color que tenía la gran corriente al tiempo de la separación. Si designamos por *blanco* la época monosilábica, por *rojo* la época *aglutinante* y por el *azul* la de flexión, nos será fácil comprender por qué las corrientes blancas contienen una gota de azul y rojo, y por qué las corrientes rojas muestran una ligera tintura de azul; y estaremos en disposición de hallar lo que hallamos, en efecto, tintes blancos en los canales rojos, y en los canales azules tintes rojos y blancos (1).

(1) Por lo dicho no será difícil juzgar el valor de la siguiente afirmación que se hace en el mencionado trabajo de J. Cejador, (*El lenguaje, etc.*, I) contra las fases: "Las lenguas muestran mayor tendencia á la síntesis cuanto más antiguas son, y al análisis, cuanto más modernas." Esta aserción verdadera en cuanto expresión de un hecho reconocido, prueba que el análisis supone la síntesis anterior, pero no que la síntesis no suponga los elementos previos que reúne, y que pueden llegar á ser materia de análisis. Decir otra cosa equivaldría á afirmar que porque el *raciocinio* es síntesis de dos juicios, y el *juicio* de dos ideas, el pensamiento debe comenzar por juicios y *raciocinios*, y no por simples conceptos. Ni son más admisibles otras aseveraciones del mismo escritor cuando dice que según la hipótesis de las fases, "hay que suponer en los salvajes africanos y americanos, cuyas lenguas son mucho más sintéticas, no sólo que el chino, sino que las europeas, un esfuerzo increíble que las hiciera pasar del monosilabismo á la flexión." Y cuando añade: "El espíritu humano no ofrece cambios tan bruscos... La tendencia de las lenguas hacia el sistema analítico se encuentra desde los primeros pasos que dieron por las sendas extraviadas de la corrupción." En cuanto á lo primero, no se nos alcanza la necesidad de un *esfuerzo increíble* en una simple forma accidental que sobreviene al material lingüístico, y mucho menos cuando el lenguaje es tan natural en una forma la más rudimentaria como en la más compleja. Y nadie tiene menos derecho á invocar tal esfuerzo, sin contradecirse, que el escritor citado, que niega (ob. cit.) las diferencias entre monosilabismo, aglutinación y flexión, asegurando que "todos somos iguales en esto." En este caso, no son posibles ni "esfuerzos increíbles" ni "cambios bruscos" que impidan á una lengua recorrer las gradaciones que nosotros llamamos fases. En cuanto á lo segundo, ó sea á "las extraviadas sendas de la corrupción" en las lenguas, es afirmación tan vulgar como falsa. El procedimiento analítico y el sintético no tienen otra razón de ser, que la ley de *menor esfuerzo* en el orden psíquico y fisiológico, que se desarrolla en cada caso según las circunstancias y el medio; dado el monosilabismo, dicho menor

Descartando ahora de los argumentos y equivocaciones de los filólogos antes mencionados el punto fundamental, hallamos que éste se reduce á la tesis poligenista, que es la que se trata de sostener aun en el terreno lingüístico. «Cuanto más bárbara es una sociedad, escribe Sayce, tanto más numerosos son los idiomas por ella hablados... El lenguaje comienza con los dialectos; siendo el lenguaje el producto y reflejo de la comunidad que lo usa, los primeros lenguajes del mundo debieron ser por necesidad infinitamente numerosos, como las comunidades que los hablaban» (1). La misma doctrina profesa Renán, para quien los primitivos dialectos no han ido formándose poco á poco de una lengua primera única, sino que cada tipo lingüístico nació completamente formado y con estructura propia, al decir de Renán «como Minerva de la cabeza de Júpiter.» Comparación que Whitney halla muy justa y exacta; porque á la verdad (dice con fina ironía) es tan buena lingüística el creer posible tal nacimiento del lenguaje, como es buena obstetricia el tener por posible el

esfuerzo (general y de sistema) está representado por la aglutinación y la flexión; y dada la flexión, el menor esfuerzo está (dentro del tipo general flexivo) en la disgregación de elementos menos aptos, y sustitución por otros más convenientes. Es la ley de la *especialización*, que nos lleva, p. ej., á suprimir los casos de las declinaciones sánscrita, griega y latina, reemplazándolos por preposiciones; dichos casos, en efecto, ofrecen más complicación, así por las variantes de las declinaciones como por el régimen correspondiente, que el sistema de las lenguas neolatinas, sin tener las ventajas de éste para la expresión adecuada del pensamiento. «Les cas de la déclinaison, nota Breal (*Essai de Semantique*) indiquaient bien le lieu où l'on va, le lieu d'où l'on vient, celui où l'on est. Mais il n'y avait pas de désinence pour dire "à travers," "sur," "avec," "autour," etc. El mismo Breal hace ver con sobrada razón que hablar de *corrupción de lenguas*, de *confusión de formas*, de *separación de ruinas*, cuando se trata de análisis y síntesis, es desconocer la verdadera sucesión de los hechos, y hacer ininteligible la historia de las lenguas.

(1) The more barbarous a society is, the more numerous will be the languages that it speaks... The language begins with dialects, and since language is the product and reflection of the community that uses it, the primaeval languages of the world must have been as infinitely numerous as the communities that spoke them. (*Introd. to the science of lang.*, I).

parto de Júpiter. En cuanto al argumento de Sayce, que de la multitud de dialectos de un pueblo bárbaro deduce ser éstos tanto más abundantes cuanto más bárbaros y antiguos, y que por lo mismo cuanto más penetremos en el curso de los siglos pasados, tanto más numerosos aparecen dialectos y pueblos multiplicándose en sentido retrospectivo hasta lo infinito, pudiéramos decir que tiene respuesta análoga á la anterior, pues procede con la misma lógica. Según esto, y con fundamento análogo sería necesario sostener la paradoja de que porque cada hombre tiene dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos y dieciseis tatarabuelos, cuanto más penetramos en sentido retrospectivo en la antigüedad de los tiempos, tanto más numerosos han de aparecer los ascendientes de cada uno, multiplicándose así hasta lo infinito, y resultando de ello que para cada hombre actual se necesitaría una serie infinita de progenitores simultáneos primitivos. Y esta manera de argumentar tan absurda, es exactamente la que emplea Sayce, dejándose llevar en la genealogía de las lenguas de una ilusión igual á la de esta genealogía de los hombres, por inversión de los centros de convergencia.

Que si la lógica y el buen sentido nos obligan á ver en todo árbol genealógico las ramas convergiendo á sus respectivos centros, y en vez de multiplicarse los ascendientes, multiplíquense en rigor los descendientes, mucho más al tratarse de la genealogía de los idiomas, los cuales no sólo aparecen en forma convergente también hacia un determinado centro, sino que además esta dirección convergente ha de considerarse en sociedades cada vez menores en número, y por lo mismo en menor número de lenguas, porque aunque cada sociedad hablase su lengua, antes de multiplicarse las sociedades no podían multiplicarse los idiomas, y siendo dichas sociedades cada vez más reducibles, el número de idiomas lo es igualmente. Whitney, partidario del poligenismo, reconoce no obstante que la lingüística no puede conducir á él, y que el número de lenguas no ha sido grande en los orígenes de la humanidad sino muy reducido, contra la aserción de Schleicher, Sayce, Renán, etc. «Al principio de los tiempos históricos, dice en la *Vida del Lenguaje*, la tierra aparece poblada de una como masa heterogénea de pequeños

grupos autónomos de familias (clans), de tribus y de naciones. Pero nadie, ni aun el más heterodoxo que sostenga la diversidad de origen de la especie humana, creará que aquellos grupos de pocas familias, aquellas tribus y aquellas naciones, han aparecido en el suelo que habitan y han quedado inmóviles allí; tales sociedades proceden de la multiplicación y dispersión de un corto número de familias primitivas, si no como piensan algunos, de una sola familia. Lo mismo sucede con el lenguaje: por muy allá que extendamos nuestra mirada, sea con el auxilio de monumentos, sea con el de un estudio comparativo, hallamos el lenguaje en un estado de infinitas subdivisiones, si bien todo lingüista instruido sabe que esta aparente confusión es efecto de la extensión y sucesión de un número limitado de dialectos. Estas palabras si no son exactas en cuanto se prescinde en ellas de la primera y más antigua y auténtica historia existente del origen de la humanidad (la narración bíblica), están escritas con un gran fondo de buen sentido, y señalan el orden natural del proceso lingüístico. Proceso que si sigue en sus grandes divisiones un curso paralelo al de la historia, desarróllase también en la vida misma del lenguaje en cuanto á las diferenciaciones dialectales.

Debemos, pues, admitir no sólo que las sociedades son cada vez más pocas en la antigüedad, sino que las lenguas son también cada vez menos diversas entre sí dentro de dichas sociedades. De donde resulta un doble movimiento convergente en las lenguas: uno consecuencia de la reducción de las sociedades humanas, y otro consecuencia de la reducción en las diferenciaciones en el organismo lingüístico. Y si por un procedimiento histórico, con criterio absolutamente racional y lógico, vemos converger las líneas de la humanidad y del lenguaje subiendo desde nosotros hasta nuestros primitivos antepasados, descendiendo de ellos á nosotros, hallamos perfectamente explicables las diferenciaciones que, partiendo de la unidad, puedan presentar los idiomas, no sólo existentes sino también los posibles en su desenvolvimiento. Es innegable que en las lenguas se transforma el material lingüístico y que de su evolución sucesiva se originan nuevas formas, nuevas variantes que, como sucede en las lenguas neolatinas, germánicas, etc., revelan en medio de su distinción individual, la

unidad inmediata de origen común. Existe, pues, un proceso divergente demostrado por el hecho histórico de la divergencia; y si dado un ángulo divergente y la ley de la divergencia, la distancia entre los dos extremos puede traspasar los límites de lo finito, igualmente en el orden lingüístico la distancia entre dos líneas puede sobrepujar todo cálculo, y quedar ambas inmensamente separadas, sin que por ello deba decirse en lo más mínimo quebrantada la verdad del punto único de su confluencia. Si cada idioma poseyese desde el principio su estructura perfecta, y su material completo de modo que gramatical y léxicamente perseverasen siempre lo mismo, la historia del lenguaje sería la descripción de muchas líneas paralelas, que por consiguiente no se encontrarían nunca, y nos llevarían, recorriéndolas en su longitud, á otros tantos diversos puntos de origen; pero la historia de las lenguas desmiente la existencia de tales corrientes paralelas, y desmiente igualmente que el material y estructura de las mismas no sufra transformación; y como se ve formarse el español, p. ej., el francés, el italiano, etc. sobre el latín, por necesidad se reconoce también que allí convergen como á centro dichos nuevos idiomas, repitiéndose lo mismo en el latín respecto á su centro, en la rama germánica respecto al suyo, hasta reunirse unas y otras lenguas en un centro superior, y así sucesivamente. De esta manera la Ciencia del Lenguaje vino á quitar toda posibilidad de afirmar dogmáticamente la pluralidad originaria de lenguas. Que si no se ha llegado á reconocer este encadenamiento en muchos idiomas, es porque han desaparecido muchos eslabones de la cadena; pero eso no autorizará jamás para concluir que las lenguas no han estado realmente eslabonadas. Dentro de nuestra visual histórica tenemos lenguas convergentes á un centro único, como las antes mencionadas; de la misma manera las líneas convergentes que se encuentran claramente en muchos idiomas, y existen más ó menos manifiestas en todos, acusan su centro respectivo que no aparece siempre, porque queda ya fuera de nuestra visual, pero cuya existencia se revela no sólo por analogía, sino por indudables vestigios (1). Ni la teoría, pues, de las *fases*, ni la del monogenismo

(1) Max Müller, quien á pesar de admitir, como hemos visto,

lingüístico son científicamente impugnables, aunque hayamos de reconocer, á tenor de lo expuesto en varios lugares de este libro, que toda reconstrucción de una lengua histórica única ha sido, es y será un imposible glotológico, y que todas las tentativas en tal sentido deben tenerse por fracasadas.

Para completar ahora los conceptos que van expuestos, habremos de traer aquí los referentes á las conclusiones glotológicas en su relación con las doctrinas bíblicas, resumiéndolos con la mayor brevedad: 1.º La narración bíblica deja desde luego libre acción á la Filología comparada en cuanto á investigar cuál fuese el *lenguaje primitivo*, y el grado mayor ó menor de *perfección ó imperfección* del mismo, que aquella no declara. Cabe asimismo dentro de sus doctrinas sostener, como nosotros habremos de hacerlo, la *posibilidad absoluta* de que el hombre invente el lenguaje, y la *efectiva invención* humana de la lengua primera. 2.º Las *teorías evolucionistas* que caben dentro del dogma referentes á la humana naturaleza, pueden llevarse igualmente á las enseñanzas glotológicas, y ser aplicadas así á las exploraciones de *orden histórico* sobre el origen del lenguaje primitivo, como también á la *formación y carácter* de todas las lenguas posteriores. En general, toda teoría defiende ó no la naturaleza evolutiva del lenguaje, respetando los principios fundamentales de la *condición humana*, puede ser sostenida sin otras dificultades que las puramente científicas, por sus aserciones originadas (1). 3.º La irreduc-

la teoría de las fases, niega la de los *centros* lingüísticos, aun en el sentido relativo en que nosotros los reconocemos, se ve obligado á reconocer la *convergencia lingüística* de que nos ocupamos; y él, que rechaza la unidad originaria de los dialectos germánicos, concede, vencido por la evidencia, la unidad originaria de la rama germánica, con el celta, latín, griego, etc. Nótese, sin embargo, la inconsecuencia de M. Müller, que admitiendo una unidad lingüística tan amplia como la proto-ariana, niega otras más pequeñas, como la germánica, fundada en los mismos principios que aquella.

(1) Las doctrinas darwinianas y luego las de Herbert Spencer, han venido, después de influir en otras ciencias, á invadir el terreno de la Lingüística. A ellas es debida la fantástica creación de relaciones filológicas y etnográficas, y el extravío de muchos filólogos positivistas. Max Müller, nada sospechoso en la materia, ha protestado con energía contra las doctrinas de Darwin en la filo-

tibilidad efectiva de los idiomas no puede demostrarse sin fijar claramente la diferencia de los tipos lingüísticos existentes y sin hallar el valor filológico de aquellos que hayan desaparecido. 4.º Probada la irreductibilidad actual de las lenguas á la unidad, no se probaría su diversidad originaria, sin demostrar primeramente la insuficiencia filológica de transformaciones léxicas y gramaticales para explicar aquel fenómeno, y evidenciar en todo caso la imposibilidad de que tal

logía, renovando las antiguas tradiciones sobre el carácter espiritualista del lenguaje, que el mismo Büchner no ha podido menos de reconocer. F. Müller, que ha intentado acomodar á la clasificación antropológica una clasificación lingüística, ni aun eso ha conseguido, y hubo al fin de convenir en que el número y carácter de los *Sprach-typen*, no se aviene con el número y condición de los *Rassen-typen*. Schleicher ha consagrado varias obras al *darwinismo lingüístico* sin éxito alguno. Para demostrar que la lingüística confirma la teoría de la evolución, asimila Schleicher (en *La théorie de Darwin et la Science du langage*, tr. Breal), las *familias ling.* á los *órdenes*, las *lenguas* á las *especies*, los *dialectos* á las *subespecies*, y los *subdialectos* á las *variedades*. Una sencilla observación, prescindiendo de otro género de consideraciones, bastaría á derribar el edificio de Schleicher. Para que la evolución filológica reprodujese la evolución darwinista, sería indispensable que como Darwin lleva el árbol genealógico de los seres á través de las *clases*, el filólogo alemán llevase el de las lenguas á través de las *familias*. Pero Schleicher, con la generalidad del positivismo, afirma la irreductibilidad de las *lenguas madres*, la existencia de *líneas paralelas* lingüísticas, y esto es la muerte de su teoría al par que el sacrificio de la noción verdadera de la *especie* que él hace desaparecer en las *lenguas*, pero que viene á mostrarse en las *familias*. Si la *especie* está constituida, en efecto, por los individuos que provienen de un solo tronco (y es el concepto clásico de ella en su noción fundamental), y si los troncos lingüísticos son según los filólogos darwinistas, irreducibles, ¿quién puede dudar que para estos filólogos existen *especies lingüísticas irreducibles*? ¿Qué podría contestar Schleicher á quien partiendo de la definición de *especie genealógica* sacase por conclusión con sus propias palabras, que las *familias ling.* son verdaderas *especies* y las *lenguas* constituyen *variedades* dentro de ellas? La contradicción, pues, entre el darwinismo y la filología darwinista no puede ser más flagrante, mientras existan para ésta familias lingüísticas irreducibles.

Por lo que hace á la transformación lingüística en sí misma, tampoco guarda ésta estrechas analogías con el transformismo darwinista de *perfección selectiva*; la teoría transformista *antidarwi-*

diversidad lingüística tenga su razón de ser en ningún acontecimiento *histórico* reconocido. 5.º Probada la reductibilidad de lenguas á un solo tipo, no se desmentiría la verdad histórica de la confusión babilónica, porque no consta con certeza el carácter y naturaleza del mencionado acontecimiento por lo que se refiere al lenguaje (1).

Acerca de esto conviene tener presente: a) No siendo completamente cierto que la confusión de Babel haya tenido lugar

*niana* que afirma hoy la *evolución retrógrada* (esto es, que no vamos de lo más imperfecto á lo perfecto, sino por el contrario, de lo más perfecto á lo imperfecto), puede hallar en la Lingüística tantos argumentos por lo menos, como las doctrinas de Darwin. Fácil sería evidenciarlo comparando los grados de perfeccionamiento sucesivo en las lenguas con la regresión léxica y morfológica que ellas acusan en las diversas etapas de su vida histórica. Por lo demás, sabido es que se ha sostenido la hipótesis de que efectivamente las lenguas siguen en su estructura gramatical una marcha retrógrada; que el *monosilabismo* no representa un estado lingüístico primitivo, sino la *vejez* de una lengua, á la cual deben llegar por la pérdida de sus formas todos los idiomas. (Cf. Breal, *Essai de Semant*).

(1) Aunque no seguimos la *interpretación literal* de la Biblia por lo que hace á la confusión babilónica de las lenguas, es porque estimamos más conforme con su espíritu la interpretación que le damos: no ciertamente porque los adversarios de la ortodoxia hayan demostrado cosa alguna contra el sentido literal, ni pueda temerse lo demuestren jamás.

Renán, que en la *Hist. gener. etc. des langues semitiques* (I. I) califica de *leyenda* no muy antigua la narración de Babel, *sin relación alguna con la confusión de lenguas*, es desmentido á un tiempo por la Biblia y por los descubrimientos que la confirman. M. V. Place hizo justicia á la narración de Moisés, confirmándola con todas sus exploraciones. El célebre asiriólogo M. Oppert ha leído en la inscripción de Borseppa, que se halla en el Museo británico de Londres, el claro testimonio de Nabucodonosor: "El templo de las siete luces de la tierra, con el cual se halla relacionada la memoria de Borseppa, y que el primer rey comenzó sin haber llegado á terminar, fué abandonado desde muchos años. *Ellos profririeron allí desordenadamente la expresión de su pensamiento*. El terremoto y el trueno hicieron desgajar el ladrillo crudo y agrietar el ladrillo cocido de los revestimientos..." Esta declaración está en consonancia con otras antes conocidas. Josefo, reproduciendo un pasaje de Hestio, el historiador fenicio más antiguo, escribe: "Todos los hombres no tenían entonces más de una lengua. Construyeron

después del diluvio y no antes, si para la *cronología* de las lenguas fuese necesario (que no lo es) afirmar la existencia de una división y multiplicidad lingüística en los primeros días de la humanidad (algunos hacen remontar aquel hecho histórico á esa antigüedad), no habría dificultad por parte de la narración bíblica en reconocerlo así.

b) No puede afirmarse que el acontecimiento de Babel implica la general confusión de *todas las lenguas*, mientras puede sostenerse la opinión de los que niegan la *universalidad etnográfica* del diluvio. Pero aun prescindiendo de la naturaleza de éste, la confusión de lenguas no puede decirse una confusión *rigurosamente universal*. Cuando el texto bíblico nos dice que *toda la tierra* era de una sola lengua, no expresa necesariamente el globo habitado; la palabra *toda (kol)*, puede tomarse, como en otros muchos pasajes análogos, en un sentido relativo, que es aquí el más verosímil; significa, dice Delatre, *todo el país* donde habitaban los de Sennaar, porque á ellos, y sola-

---

ieron una torre... Pero los dioses levantaron contra ella una tan fuerte tempestad, que fué derribada, y los que la construyeron hablaron al punto en diversas lenguas. En memoria de esto llamóse Babilonia, ciudad de confusión, á la fundada después en aquel lugar." Volney cita con admiración, según refiere Moigno, que aduce estos testimonios, el siguiente pasaje de Moisés de Khorene: "La sibila berosiana, da tres hijos á Sisastrus: Sim, Titán, Yapestoste (Sem, Cam, Jafet). Dichos hijos se separaron y se repartieron el mundo... concibieron el designio de levantar una torre... un viento terrible y divino destruyó aquella mole inmensa, é introdujo entre los hombres unas palabras desconocidas que ocasionaron el tumulto y la confusión..."

Por lo que hace á la *Ciencia del lenguaje*, si algo pudiera demostrar en la materia no sería ciertamente contrario á la posibilidad de una ruptura repentina y súbita, ó por lo menos de un acontecimiento, causa de la dispersión, que ocasionase una diversificación natural de idiomas entre gentes antes reunidas. "Aquellos que parten de un par único, decía Niebhar en su *Hist. Rom.*, y repitieron substancialmente otros muchos, deben admitir el prodigio de la confusión de lenguas. Deben suponer un milagro para explicar la existencia de idiomas de estructura diferente. Milagro que no ofende en manera alguna á la razón." Y aunque sin ningún prodigio puede explicarse la diversa estructura de los idiomas, de haber intervenido en ésta, resultaría doblemente explicable.

mente á ellos se hace alusión en todo el conjunto. Por otra parte la tabla etnográfica del Génesis no es una tabla que se refiera á todos los habitantes de la tierra. De ella deben excluirse «los del extremo Oriente, como los chinos, mongoles, etcétera (raza amarilla); los americanos (raza cobriza); y los del gran Océano, papuos, melanesios, etc. (raza negra oceánica); á todos éstos, los hebreos no los conocían en modo alguno ni tenían necesidad de conocerlos» (1).

c) La confusión de lenguaje no puede aplicarse ni extenderse con seguridad ni aun á toda la *raza caucasiana*. Puede asegurarse que al ser edificada la torre de Babel no estaban allí reunidos todos los descendientes de dicha raza, y por consiguiente que la confusión lingüística no se ha extendido á todos los pueblos de aquella. La narración mosaica nos presenta la historia de la dispersión de los pueblos antes de la confusión de Babel, indicando además que la dispersión comenzó entre los hijos de Noé poco después del diluvio; ahora bien, la confusión de lenguas (dado que se coloque posteriormente) habrá tenido lugar ciento diecisiete años más tarde, según la cronología hebraica, y cuatrocientos años después, según la versión de los Setenta. De todos modos es inverosímil que todos los pueblos constituidos por los dispersos hijos de Noé en ese tiempo hubiesen confluído allí, y que los que *vinieron de una región oriental* para levantar la torre deja-

---

(1) Estas palabras que Vigouroux (*Man. bibl.*, tomo I, vers. esp.) toma de la *Tabla etnográfica de Moisés*, publicada por la *Civilt. Catt.*, nos hacen ver que dichos pueblos no entran en el número de los que debieron tener representación en la confusión lingüística de Babel. Hubo, pues, el escritor hebreo de referirse á gentes próximas á las de su pueblo. Adviértase, para confirmación de la estrechez de relaciones de los hebreos, que la narración mosaica en los capítulos X y XI del Gén., es, según todas las probabilidades, copia de memorias ó tradiciones mucho más antiguas, conservadas acaso en la familia de Heber. El origen de los mencionados pueblos no constituye dificultad alguna; pudieran decirse (supuesta la universalidad etnográfica del diluvio) hijos de Noé, habidos con posterioridad á aquella catástrofe (vivió aun 350 años), y después de la dispersión de sus primeros hijos; pudieron serlo igualmente de Sem, Cam y Jafet, suponiéndoles más descendientes que los que cuenta el Génesis.

sen desiertas todas las ciudades y las hiciesen dejar á los demás (1).

A la misma conclusión pretenden llegar algunos fundados en la declaración del texto bíblico, porque señala un *lugar concreto* al decir: «descendamus et confundamus *ibi* linguam eorum.» Si esto se refiere á la *amplitud* de la confusión, tendremos: una confusión puramente *local*, la que por otra parte era suficiente al intento de conseguir se desistiese de la vana empresa de la torre, y para la dispersión de sus autores: una confusión de duración *temporal*, toda vez que desaparecida la causa de ella, y dispersados aquellos hombres entre las demás gentes ajenas á la prevaricación, debe creerse desaparecido el efecto, entrando los dispersados en la natural inteligencia del orden social con los demás, cuyo primer fundamento habría de ser la comunicación verbal y de lenguaje: finalmente, una confusión *parcial*, en el sentido en que venimos hablando, ó sea, limitada á las gentes y personas allí congregadas, sin ulteriores alcances á los demás individuos ó pueblos, no participes en aquel intento (2).

(1) Nótese que los partidarios de la no universalidad etnográfica del diluvio pueden invocar otra suerte de argumentos. Todo ello prueba lo poco que hay que temer ni aun á las más osadas afirmaciones de los adversarios.

J. B. Vico (*Scienza nuova*), partiendo de la separación de razas, de las cuales no todas vinieron á constituir la torre de Babel, sostiene que ni la división de lenguas fué debida originariamente á la confusión subsiguiente, ni ésta tuvo lugar más que para los que intervinieron en aquella edificación. «La confusione delle lingue per gli nostri principi si dimostra esser avvenuta nella discendenza di Sem per il mondo dell' Asia orientale; ma essere stata diversa l' origine della diversità delle lingue nelle razze già fatte, è disperse per l' Asia septentrionale, etc.»

(2) No es improbable que, como piensan algunos, el episodio de la torre de Babel, sin relación ni enlace con lo que antecede y sigue en la narración bíblica, deba referirse á los descendientes de Cam, á los cuales según la distribución del Génesis correspondió ocupar la parte meridional del Asia y del Africa á ella unida, *partiendo por lo mismo del Oriente*, como efectivamente se refiere en la narración de Babel: «*Cumque proficiscerentur de Oriente, invenerunt campum in terra Sennaar etc.*» En confirmación de ello tenemos que de los descendientes de Cam, Nemrod ocupó justamente el valle de Sennaar, viniendo á tener á la misma Babilonia

d) No consta con certeza que en la época antediluviana existiese una sola lengua para todos los hombres de la tierra; y la Biblia no se opone, antes se aviene perfectamente á que existiese pluralidad de dialectos más ó menos diferenciados unos de otros, hasta constituir idiomas distintos. Las expresiones bíblicas en este punto permiten suponer que no se trata de una unidad lingüística propiamente tal, y que aun tratándose de ella no se refiere ésta á todo el mundo habitado. Siendo las condiciones naturales del lenguaje antes del diluvio las mismas que ha tenido después, es legítimo suponer que las lenguas se multiplicaron entonces como ahora, y que toda la *unidad de lengua* de que se habla en la escritura, ó se refiere á un círculo limitado de los que hablaban el mismo dialecto, prescindiendo de los demás territorios, ó significa la uniformidad de pensamiento y discurso ordenado á un fin común, aunque no fuese uno mismo su lenguaje (1).

por capital: «Fuit autem principium regni ejus Babylon... in terra Sennaar.» En este mismo sentido habla la tradición eclesiástica y profana, comenzando por Flavio Josefo, quien en sus *Antigüedades judaicas* (I. 2.) atribuye expresamente á Nemrod el pensamiento de edificar la torre. En ello convienen también San Agustín (*De Civ. Dei*, 16, 4), Julio Africano en el l. I de la *Crónica* de Eusebio, que hablan de Nemrod como promovedor de aquella edificación, lo cual implícitamente afirma San Jerónimo en su *Hebraic. quaestionum in Genesim*, refiriéndose al reinado de Nemrod en Babilonia. Con éstos concuerdan escritores de seriedad como Procopio de Gaza, J. Zanoras, etc., así como las inscripciones de los monumentos descubiertos que aluden á la *torre de Nemrod*. A la familia *camita*, pues, correspondería, según esto, la principal, sino la exclusiva representación en el notable acontecimiento á que venimos aludiendo.

(1) Las palabras de la Escritura (Gen. XI, 26) que la Vulgata traduce: «*Erat terra labii unius et sermonum eorumdem*,» ó como vierten los Setenta: *Kai ἦν πᾶσα ἡ γῆ χειλος ἓν, καὶ φωνή μιᾶ*, no excluyen dicha exposición, ni puede decirse obstan á la diversidad de lenguas precedentes al diluvio. Y en primer término, dado que no se tratase de un diluvio universal antropológico, la unidad de lengua, aun tomado el pasaje en sentido literal, no se referiría á toda la tierra, sino á la parte de ella á que se hiciese alusión. Por otra parte, la expresión «toda la tierra,» puede entenderse en este pasaje en un sentido relativo, como acontece con el uso de dicha locución en otras ocasiones, de suerte que *toda la tierra* signifique sólo *todo el país*. No han faltado quienes, como Lecrec, tomen la frase *labii unius* por

e) No consta que la lengua hablada por los que edificaron la torre de Babel fuese la lengua primitiva, ni puede probarse de modo alguno, por más que se haya afirmado así; pero si se quiere sostener que por un privilegio especial (que pudieran igualmente invocar las demás razas) se ha conservado la lengua primera entre aquellos hombres, será menester reconocer en ella el cambio y transformación que las nuevas necesida-

significativa de la unión de aspiraciones y pensamiento en los que se juntaron para edificar la torre; y Calmet (*Comment. in S. Script.* I), atribuye á Filón el mismo parecer. No faltan tampoco ejemplos bíblicos en que la expresión *uno ore* está por *uno animo*, cual sucede en Josué (IX, 2), donde las palabras hebreas de aquella significación son traducidas en la Vulgata por éstas, y de una manera análoga lo hace la versión de los Setenta.

Filastrio de Brescia no duda afirmar que sería erróneo enseñar que antes de la confusión babilónica existió una sola lengua; y cree que era privilegio entonces de los hombres el entenderse en todas y con todos. «*Quod autem* (escribe, después de decir que existían muchas lenguas antes del hecho de Babel) *Moses dicit, terram fuisse labii unius, ideo dictum est, quia etsi varia erant linguarum genera, omnes tamen se invicem intelligebant, eratque omnibus lingua una et idem sermo, non quidem eorumdem vocabularum usu, sed eadem hominum loquentium et audientium intelligentia.*» (*Catal. Haeresum*, c. 106).

En principio esta doctrina, aunque no común entre los demás escritores eclesiásticos, no puede decirse improbable, en cuanto se signifique que la primitiva lengua debió alterarse y fraccionarse antes de la época en que suele colocarse el acontecimiento de Babel, sin que por eso dejasen de entenderse entre sí los que hablaban dialectos más afines. Esto no sería un *privilegio* de los hombres entonces, como quiere Filastrio, sino natural resultado de semejanza lingüística; el texto de Moisés tiene en tal sentido la doble significación de *conformidad de pensamientos* en los que iban á edificar la torre, y de *conformidad verbal*, en cuanto sus varios dialectos no les impedía entenderse entre sí.

En Italia fué partidario de la pluralidad de lenguas antediluvianas, además de J. B. Vico (ob. cit.), el Genuense, quien en su *Log. Ital.*, l. I, escribe: «*Parlavano essi, ò no gli nomini antediluviani? E se parlavano, come indubitatamente parlavano, non è stato possibile, che quei che sormotarono il diluvio non portassero seco nel mondo le antiche lingue.*»

Entendido esto en el sentido antes indicado, no tenemos inconveniente en admitir tal doctrina, siquiera los principios generales de los escritores italianos últimamente citados, disten de los nuestros por otros múltiples conceptos.

des y circunstancias, y el tiempo transcurrido le habrán dado.

Es bien sabido que el relato bíblico de la confusión de Babel inserto al principio del capítulo XI del Génesis, no tiene conexión alguna ni con el capítulo X precedente, donde se habla de la genealogía de los tres hijos de Sem y de la parte de la tierra que á cada uno tocó ocupar, ni aun con lo que en el mismo capítulo XI sigue después de aquel episodio referente á la genealogía de Sem, la cual, por el contrario, enlazárase perfectamente con el contenido del capítulo X, de no aparecer en medio y como introducción á dicho capítulo XI, el acontecimiento de Babel. En el capítulo X, y por consiguiente antes de entrar el autor bíblico en la narración de este acontecimiento, habla de *las lenguas* de los hijos de Noé: «*Ab his divisae sunt insulae gentium in regionibus suis, unusquisque secundum linguam suam,*» etc. (X, 5). «*Hi sunt filii Cham in cognationibus, et linguis, et generationibus, terrisque et gentibus suis.*» (X, 20). «*Isti sunt filii Sem, secundum cognationes, et linguas, et regiones, in gentibus suis.*» (X, 31). Esto, si fuese verdad la confusión *real* de lenguaje en la confusión babilónica, y natural *universalidad* de su extensión, de suerte que la dispersión fuese consiguiente á haber participado todos de aquel castigo prodigioso, sería tal como aparece inexplicable, siendo menester recurrir á una *prolepsis*, ó anticipación, para hallar su sentido en correlación con el texto del capítulo XI, de que venimos ocupándonos.

f) No consta que la confusión de Babel fuese verdaderamente una confusión del lenguaje, ni tampoco hasta donde alcanza el carácter estrictamente sobrenatural en aquel acontecimiento. El estilo bíblico y carácter poético de la narración, la condición del pueblo á quien hablaba Moisés y razones de analogía, han hecho que apareciese al lado de la interpretación literal de este punto, otra menos rígida, hoy de grande aceptación, que atribuye gran parte á la acción natural de la Providencia, bien que encaminada á un objeto singular. «*La frase de que Dios descendió para ver las construcciones de la llanura de Sennaar, y tomar cuenta del estado en que se hallaban, dice discretamente un sabio orientalista, el prof. de Lovaina can. C. Harlez, no hay que considerarla sino como una manera de hablar figurada, como lo es también lo que se*